

Revista de Estudios Taurinos
N.º 11, Sevilla, 2000, págs. 279-298

De Cossío, Ignacio: *Cossío y los Toros*, pról. de la Duquesa de Alba, Madrid, Espasa-Calpe, 1999, vol. 11 de la nueva Col. *La Tauromaquia*, 259 págs., diseño de colección y cubierta de Tasmania, cubierta en pasta dura.

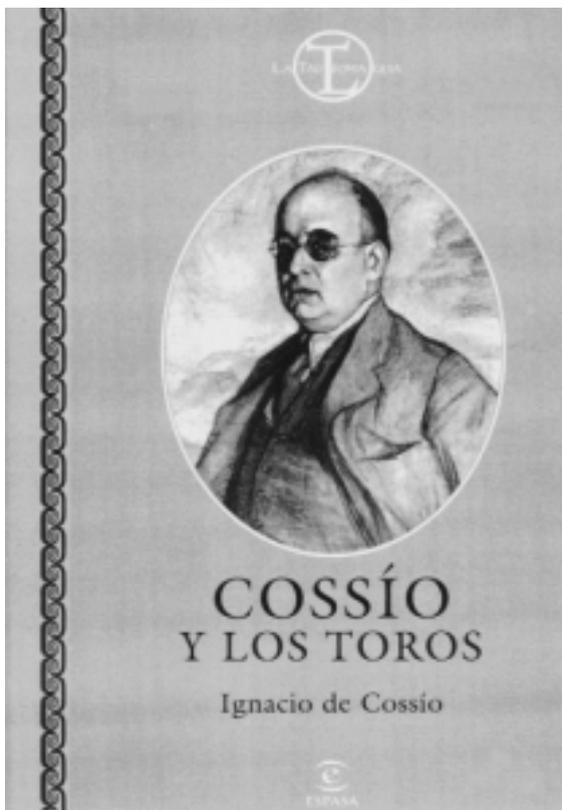


Fig. n.º 21.– Portada del libro de Ignacio de Cossío *Cossío y los Toros* (Madrid, Espasa-Calpe, 1999) que ostenta, en medallón, un dibujo de Ignacio Zuloaga con el retrato de *José María de Cossío* (1945). El original de este dibujo se halla en la Casona de Tudanca.

Me resulta muy estimulante además de, por supuesto, agradable, escribir un comentario de *Cossío y los toros*, el libro que ha escrito Ignacio de Cossío y Pérez de Mendoza, sobrino nieto del que ha sido, sin duda, el estudioso de materia taurómaca más importante de todos los tiempos, cetro que, por el momento, nadie ha podido, ni seguramente querido, arrebatarle. José María de Cossío no sólo es el autor del famoso estudio fluvial titulado *Los toros: tratado técnico e histórico*, del que publicó en vida, en la editorial madrileña Espasa-Calpe, cuatro inmensos volúmenes (la obra fue proseguida por Díaz Cañabate y, recientemente, por otros autores hasta formar once volúmenes) sino también *Los Toros en la Poesía Castellana. Estudio y Antología* (Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1931, 2 vols.)—dedicado a la memoria de *Joselito el Gallo*—, un trabajo que, en 1936, le mereció el premio Fastenrath, el más importante que a la sazón otorgaba la Real Academia de la Lengua y con el que alcanzó, en primer lugar, la fama y, en segundo, el salvoconducto necesario para que las instituciones oficiales le permitieran dedicarse a un tema que estaba tan desprestigiado «intelectualmente» como el castizo de los toros, y, tercero, a instancias de Juan Ignacio Luca de Tena, Gregorio Marañón y Eugenio d'Ors, la propia entrada en dicha Academia (1949). Y lo que son las coincidencias: como recuerda Ignacio de Cossío, su tío José María fue elegido para el sillón G, consonante que había tenido tanta significación para él como que era, por todas las tertulias literarias y taurinas de Madrid, el máximo y más entusiasta defensor de la tauromaquia de su amigo *Gallito*, como a la sazón la afición llamaba al excelente

torero de Gelves (Sevilla), hoy, sin embargo, más conocido por el diminutivo de *Joselito*. Así pues, según dijera el arabista García Gómez, en su respuesta al discurso de entrada en la Real Academia de la Lengua, de Cossío:

«Entra hoy en esta casa... el representante de un tipo literario nada frecuente, por estas fechas, en nuestro país..., uno de los que más han contribuido a sellar la buena amistad que une actualmente a los toreros con los hombres de letras; amistad que ha dotado a nuestra poesía de algunas piezas verdaderamente magistrales» (I. Cossío, 1999: 73).

La pertenencia de Cossío a la Academia, desde el primer momento, va a ser particularmente positiva para la cultura taurómaca pues su elaboración de «papeletas» relativas a voces taurinas permitió la inmediata incorporación de dichas palabras al Diccionario de la Lengua de modo que, gracias a él entran, por primera vez, en tan importante glosario, numerosos términos taurinos (I. Cossío, 1999: 74).

Pero antes de llegar el biografiado, con los toros, a la Real Academia, sigamos al autor que nos precisa que su tío, aunque nacido en Valladolid en 1892 era, por línea paterna, oriundo de Sepúlveda (Segovia) –donde la linajuda familia conserva desde el siglo XV un hermoso castillo– y de Tudanca (Santander) –en cuya casona Cossío gustaba tanto vivir y recibir a sus amigos poetas y toreros y donde fue coleccionando uno de los archivo-bibliotecas de literatura española más extraordinarios que hayan existido, hoy, por voluntad del propio académico, cedido a la Diputación de Santander–, estudió en Salamanca teniendo, en aquellos años mozos, por amigo, confidente y compañero, a Miguel de Unamuno:

«En la ciudad del Tormes vivió José María, concretamente en el viejo hotel del Comercio; a lo largo de sus dos años de estudiante, disfrutaba todas las tardes de la compañía de su amigo y profesor de griego don Miguel de Unamuno, con quien paseaba desde su café favorito, el Novelty, en la majestuosa plaza Mayor, hasta que, más tarde, decidían volver por la Rúa, para llegar a la plaza de Anaya y desde allí dirigirse a su rincón preferido, El Patio Chico...» (I. Cossío, 1999: 55).

En Salamanca, Cossío no sólo realizó sus estudios universitarios y vivió esos años claves de nuestra existencia, cuales son los de estudiante, sino que fue donde tomó contacto, por primera vez, con el mundo de los toros. ¡Un caso más donde surge en los



Fig. n.º 22.– Fachada de estilo gótico de la casa familiar de los Cossío en Sepúlveda (Segovia) (Cossío, I., 1999: 160-161).

toros la mediación fecunda de la Cultura! Cossío, nos enseña su sobrino Ignacio, fue a lo largo de toda su vida un acendrado partidario de José Gómez Ortega, *Gallito*, con el que inició

una relación personal a raíz de haberlo visitado en su habitación del Hotel Palace de Madrid al término de una corrida de toros. El destino lo reunió allí, bajo una común admiración al matador, con el ganadero Alipio Pérez-Tabernero, hermano de otros tantos ganaderos: Graciliano, Antonio y Argimiro. Con motivo de la presentación que hiciera de Antonio Pérez-Tabernero en Madrid previa a un discurso que debía pronunciar este último, Cossío explicó lo importante que fue para él conocer a esta familia y cómo fue ella la que le desveló el conocimiento de los toros y le transmitió el amor por el campo. En el curso de la presentación que Cossío tituló «Medio siglo criando toros de lidia» dijo que:

«Si mis obligaciones no me permiten frecuentar el campo charro, como en años menos preocupados, lo conservo vivo en la memoria... y a Antonio [Pérez-Tabernero] y todos los suyos que me enseñaron a quererlo. Va a hablarnos Antonio de su vida de ganadero y no quiero retardar el momento de imaginarme que vuelvo a pisar sus dehesas. Y a guarecerme bajo las encinas del Villar y de San Fernando, del Campillo y de La Dueña, de Continos y de Matilla, de Linejo y de Padiermo. Porque ahí, en esos valles y en esas laderas, en esos árboles y en esas carrascas, entre esos toros y esas ovejas, no sólo son recuerdos lo que dejé abandonados: tengo perdido en ellos un jirón de mi juventud» (I. Cossío, 1999: 54).

El aprendizaje taurino de Cossío se realizó, por consiguiente, en Salamanca –lo mismo que le ocurriera a su sobrino y autor del libro que glosamos–, donde si, primero, tuvo intensos contactos con los ganaderos y las dehesas, con los ganaderías y los tentaderos, después su conocimiento se abrió a una serie de personas estelarmente vinculadas al mundo del toro. Oigamos a Ignacio de Cossío y Pérez de Mendoza:

«En el campo charro, José María llegó a intimar con los grandes ganaderos salmantinos de aquella época que le ofrecían sus casas, en “Campocerrado”, “Matilla”, “Llen”, “Hernandinos”, “San Fernando”, “El Villar de los Álamos”, “Sepúlveda”, “Collao”, “Coquilla”, “Pedro Llen”, “Terrubias” o “Carreros”, entre otros, pues con su presencia se estimulaban y formaban tertulias taurinas en cualquier estación del año. La densidad del humo de sus incombustibles puros y de los grandes leños que se consumían lentamente en las cocinas charras durante los duros y largos inviernos, eran signos evidentes de su extensa duración, ya que en muchos casos discurrían hasta altas horas de la madrugada. Allí se discutía de campo, de toros, de caballos, de poesía, de pintura, de Tudanca, de Salamanca, y se afrontaban casi todos los temas de conversación» (I. Cossío, 1999: 60).

José María de Cossío fue un entusiasta de las tertulias y un gigantesco impulsor de las mismas. Ignacio de Cossío precisa que, en la base de esa devoción, se situaba la facilidad de palabra, la capacidad de transmisión cultural y el entusiasmo, el ingenio y la energía desbordante de su antepasado.

«Compañeros de tertulias llegaron a ser los hermanos Jaime y Agustín de Foxá, el Conde de Colombí, Marcial Lalanda, Antonio *Bienvenida*, Luis Miguel *Dominguín*, Gregorio Corrochano, *Manolete*, Domingo Ortega, Juan Belmonte, *Gallito*, el Duque de Pinohermoso, así como otros que por su amplitud, sería imposible de mencionar aquí» (I. Cossío, 1999: 60-61).

Un tema amplia y meticulosamente tratado por Ignacio de Cossío y que parece haber sido redactado para este n.º de la *Revista de Estudios Taurinos* es la relación de José María de Cossío con la *Generación del 27*, en general, y con Igna-

cio Sánchez Mejías, en particular. Cossío Pérez de Mendoza observa que el destino quiso que el grupo de poetas más señalado de la época, vía José María de Cossío, entablara una pro-



Fig. n.º 23.— José María de Cossío, autor de *Los Toros. Tratado técnico e histórico*, adornándose ante una becerra en el Villar de los Álamos (Salamanca) (Cossío, I., 1999: 32-33).

funda relación con el mundo de los toros dejando atrás los prejuicios «europeizantes» de la generación literaria anterior, la *Generación del 98* que tan crítica se había mostrado con el arte de la tauromaquia a la cual habían llegado a culpar nada menos que hasta del «atraso» español. Si José María de Cossío, junto con Gerardo Diego, fue el principal organizador del famoso homenaje a Góngora, también fue el primero en «rescatar» la obra poética de dicho autor, entonces, olvidado,

aunque, por enfermar en esos días, no pudiera acudir el 19 de diciembre al acto celebrado en el Ateneo de Sevilla como tampoco, por motivos familiares, al de Madrid, convocado unos meses después, el 23 de mayo. Co-mo recuerda oportunamente Ignacio de Cossío, la repetida ausencia provocó la «airada» protesta de «Los Gongorinos» los cuales la sustanciaron en una postal firmada por Gerardo Diego, José Bergamín, Dámaso Alonso y Jorge Guillén que llevaba, a modo de manifiesto, una quintilla de Gerardo Diego –«Agraviados por tu ausencia...»– que apostilló Rafael Alberti con un «¡Qué vergüenza!» (I. Cossío, 1999: 83).

Ignacio de Cossío, antes de finalizar el capítulo que le dedica a Cossío y la *Generación del 27*, conmemora, aunque a sabiendas de la distancia a que se encuentra de aquella, a otro poeta que jugará un papel esencial en la obra taurina del maestro. Me refiero al gran poeta Miguel Hernández, mártir de la Guerra Civil y autor inmortal de la “Elegía a Ramón Sijé con quien tanto quería”. La relación literaria se inició en la primavera de 1935, a raíz de ser contratado Miguel Hernández, que contaba veinticinco años de edad, por José María de Cossío para incluirlo en la nómina de la Editorial Espasa-Calpe, empresa a la sazón presidida por Ortega y Gasset, donde actuaría de secretario de redacción del tratado técnico-histórico de *Los Toros*; tarea que, como se sabe, fue impulsada por el mencionado gran filósofo español. Poco después Hernández recogía documentación taurina en el Archivo Histórico Nacional, en la Biblioteca Nacional y en la Hemeroteca Nacional. Este material resultó de gran ayuda para que Cossío elaborara el tomo I de su imponente *Tratado*.

«Los materiales recopilados por Miguel Hernández no solamente fueron utilizados para la elaboración de *Los Toros*, ya

que el gran esfuerzo de Miguel, orientado tan brillantemente por Cossío, tiene su reflejo en otras publicaciones taurinas, y así una de las más trascendentales colaboraciones mutuas es la de la colección de rarezas bibliográficas de los siglos XVII y XVIII, que componen el volumen *Advertencias y reglas para torear a caballo*, publicado en 1947. Este libro contiene un extenso prólogo, obra de José María de Cossío, que ocupa 61 páginas. En el resto del volumen se recogen dieciséis tratados taurinos en prosa y dos en verso, pertenecientes todos ellos a los siglos XVII y XVIII. Todos estos históricos textos destacan por su gran valor técnico y poético.

»Miguel Hernández, además realizó algunas biografías de toreros célebres, y entre otras figuran las de Antonio Revete, Manuel García (*el Espartero*) o incluso la de José Ulloa (*Tragabuches*). Es una lástima que nunca se reseñara, con mayor exactitud y precisión, cuáles más fueron realizadas por él en esta época de su vida.

»En muchas ocasiones, Cossío y Hernández tuvieron incluso que viajar a las ciudades y pueblos más remotos del país con el único fin de buscar en sus domicilios particulares, peñas, bares, tabernas y viejos aficionados del lugar, a las últimas “fuentes vivas” del saber taurino. Gracias a este metódico estudio se logró obtener una gigantesca documentación gráfica y escrita jamás desvelada.

»Miguel Hernández y José María de Cossío mantuvieron siempre una estrecha y conmovedora relación de amistad mutua, admiración y respeto, que se encuentra reflejada en el extenso epistolario conservado actualmente en la Casona de Tudanca» (I. Cossío, 1999: 88).

La estrecha vinculación y amistad desarrollada en el Madrid cercado entre el poeta Hernández y el literato Cossío alcanzó su máxima expresión a raíz de haber sido detenido, en mayo de 1939, Miguel Hernández en Portugal y extraditado, por las autoridades portuguesas, a Madrid, donde fue encarcelado. Cossío recibe a los pocos días una postal de Hernández,

remitida desde la cárcel, donde le pide ayuda en nombre «de nuestra amistad, nuestra familia y nuestra poesía». Cossío visitará a Hernández en la cárcel e iniciará, en ese mismo momento, una dura peregrinación de despacho en despacho pidiendo la libertad para el poeta, al final, «durante muchas noches se quedaba en vela esperando en antesalas y despachos para hablar con ministros y generales, a fin de evitar que fuera fusilado» (I. Cossío, 1999: 89). Finalmente, sus súplicas fueron atendidas por el general Varela que le conmutó la pena de muerte por cárcel perpetua. Cossío no cejó y siguió solicitando la libertad, ahora, en atención a la delicada salud del poeta. No pudo ser. Antes de cumplir dos años de condena, Miguel Hernández moría en la enfermería del Reformatorio de Adultos de Alicante, donde habían logrado trasladarle para que no tuviera que soportar los rigores del frío invernal. Años después, por expresa voluntad de la viuda, Cossío prologaría la edición de *El rayo que no cesa*, uno de los libros de poemas más bellos que jamás se haya escrito en lengua castellana (I. Cossío, 1999: 90).

Cossío, donde verdaderamente se aficionó a las corridas de toros fue en la época en que realizaba sus estudios de doctorado en la Universidad de Madrid. Fue el 2 de mayo de 1914 cuando ocupó, por primera vez, la que más tarde, como recuerda su sobrino Ignacio de Cossío Pérez de Mendoza, sería su clásica tribuna madrileña, el asiento de «delantera número 8 del tendido 10».

«Aquella tarde de toros actuaban José Gómez Ortega (*Gallito*), su hermano Rafael y Juan Belmonte ante ejemplares de la ganadería de Contreras, y fue el primer mano a mano venteño de *Gallito* y Belmonte. No llegó a ser una tarde de éxitos clamorosos, pero sería el primero de los enfrentamientos del gelveño con el trianero en Madrid. José

«cortó la oreja del quinto tras extraordinaria faena. El apéndice logrado por Belmonte, en el sexto, tras faena impresionante, que fue aplaudido con frenesí por el público, que salió de la plaza entusiasmado» (I. Cossío, 1999: 137).

Cuando terminó la corrida subió al bar del Hotel Palace como solían hacer los aficionados madrileños a comienzos del



Fig. n.º 24.— José María de Cossío leyendo el discurso de entrada en la Real Academia de la Lengua ante su director, a la sazón, Ramón Menéndez Pidal (I. Cossío, 1999: 200-201)).

siglo pasado. Allí encontró a Juan Pablo Pérez Caballero, un amigo suyo que era íntimo de *Joselito* y le propuso que subiera a la habitación del matador. Una vez allí, conoció al joven ganadero charro Alipio Pérez-Tabernero como ya he tenido ocasión de comentar. En la habitación José Gómez Ortega se

encontraban otros contertulios como, por ejemplo, su hermano Rafael *el Gallo*, su banderillero de confianza llamado también Rafael y otro banderillero llamado a recorrer una historia apasionante, Ignacio Sánchez Mejías (I. Cossío, 1999: 137), del que hemos intentado dar testimonio en el presente número de esta *Revista de Estudios Taurinos*.

Fue en esa década de los años diez en la que Cossío vive a fondo la vida de un aficionado, despliega una actividad sorprendente y, como un miembro más de la cuadrilla, sigue a *Joselito el Gallo* por todas las plazas y comparte «el mismo billete, el mismo vagón de ferrocarril, el mismo hotel y los mismos restaurantes» y, mientras tanto, mira y admira al matador y confraterniza con la cuadrilla.

«En la Casona de Tudanca aún se guarda el “billete kilométrico” de la cuadrilla de José Gómez Ortega (*Gallito*), en donde descubrimos en una fotografía a un segundo picador llamado José Cossío, expedido en el despacho central de Madrid-Norte el día 7 de mayo de 1920, con plazo de validez de 12 meses. Fueron canjeados cupones equivalentes a 9.445 kilómetros» (I. Cossío, 1999: 137).

La admiración que José María de Cossío llegó a tener por *Joselito* se entiende muy bien si tomamos en cuenta un dato esencial que nos ofrece su sobrino Ignacio en este espléndido libro con que nos ha regalado. Después de la muerte de *Joselito*, Cossío abandona por completo, durante años, las plazas de toros y no acude a ninguna corrida hasta que Ignacio Sánchez Mejías lo convence para volver a los toros. Su retorno coincide con la publicación de la primera edición de su famoso tratado sobre *Los toros*, acontecimiento que le lleva a presidir el Club Taurino de Madrid, a formar

parte del patronato del Museo Taurino de Las Ventas y a ser invitado a integrarse en el Club Taurino de Nueva York. Es, también, en el que sus conferencias, dictámenes, publicaciones son más esperadas y, con ese motivo, viaja hasta mediados de siglo por toda la geografía del planeta taurino. Fue, en esos años, cuando José María, por su sabiduría e inteligencia, se convirtió, en frase feliz de Matías Prats, en el «oráculo» de la fiesta (Cf. Matías Prats en I. Cossío, 1999: 150). Los mismos, por cierto, en que José María de Cossío convierte, su viaje en primavera a Sevilla, en una costumbre. En sus venidas a la capital del



Fig. n.º 25.— José María de Cossío en una barrera de la Plaza de Toros de la Real Maestranza de Sevilla (I. Cossío, 1999: 160-161).

planeta de la tauromaquia, pasa muchas tardes en «Pino Montano», la finca de Sánchez Me-jías que se había convertido, desde que el matador contrajera matrimonio con Lola, la hermana del lamentablemente fallecido *Joselito*, en el cuartel general de *Los Gallos*.

Del estudio bio-gráfico realizado por Ignacio de Cossío se desprende que el matador Sánchez Mejías heredó de *Jose-lito*, no sólo su lugar en la fiesta compartiendo, en adelante, cartel con Belmonte, sino también el grupo de amigos –todos de excepción, como Cossío– sobre el que ejercería un predicamento semejante al que había disfrutado *Gallito*. Una particular corriente de afecto y de mutua admiración circuló, desde el primer momento, entre Cossío y el matador como podemos apreciar leyendo la carta versificada que firma Ignacio Sánchez Mejías desde México, donde estaba toreando la temporada de 1926, y dirige a José María de Cossío que, como se desprende del texto, fue respuesta a una anterior del literato. De la lectura de la epistola deducimos que Sánchez Mejías, sitiándose solo en México, al recibo de las noticias de España, de la carta del «Oráculo», emocionado, contesta:

«Querido José Mari:
Como una flecha audaz y aventurera
que atravesando el mar y a mí viniera
llegó hasta aquí, en un día de tristeza
el saludo gentil, que allá en Tudanca
frente a la niebla blanca
desde un rincón de vuestra biblioteca,
mandáis al torero
que lucha en tierra extraña
sin más preocupación ni más castigo
que la nostalgia que siente por su España
y la distancia que guardan sus amigos.

»Tu carta iba leyendo
y de mis ojos las lágrimas cayendo
que el saludo traía todo el recuerdo de la patria mía
y así mientras lloraba
–yo que tan poco lloro–

mi memoria evocaba
amontonando flores con las cosas sagradas:
el beso de mis hijos,
los abrazos de mis padres,
las luces de mi tierra...
el gesto de mi Rey ante esa nueva hazaña
de esos locos muchachos que atravesando el mar
escriben con sus alas en las nubes
el nombre de España...

»Y la mujer que quiero,
y la imagen que adoro
que a fuerza de estar lejos y estar solo
la fe revive en mí,
y la impía arrogancia
se torna en sentimiento humilde y bueno
como en mi tierna infancia.

»Y usted, José Mari... Ustedes mis amigos
que en el rincón de vuestra biblioteca
frente a la nieve blanca
que adorna las montañas de Tudanca
muro desnudo que recoge el eco
del rítmico sonar de las esquilas
y el quejido tenaz de las carretas;
con un gentil saludo,
arco iris, que va de la montaña al sol azteca
me habéis hecho llorar enternecido
trayendo a mi memoria
esas cosas sagradas
que estando en nuestra patria
no nos importan nada
y cuando estamos lejos, tristes y solos,
porque son nuestra vida,
lo son todo.
Un abrazo a esos cariñosos amigos. Ignacio»
(Cf. Sánchez Mejías en I. Cossío, 1999: 178-180).

¡Conmovedora carta de un hombre habitado por el sentimiento de nostalgia!¹.

El autor de *Cossío y los Toros* recuerda que la trágica noticia de la muerte de Ignacio Sánchez Mejías le llegó a su protagonista por Federico García Lorca, el 13 de agosto de 1934, cuando ambos estaban participando en los cursos organizados por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo:

«Por la mañana, instintivamente –apunta José María de Cossío– buscamos un refugio en uno de los despachos de la Universidad. Nuestra tristeza era consecuente a la pérdida del mejor amigo... Este hombre de quien el toreo era una dimensión, tuvo una influencia en la Fiesta que aún perdura. Devolvió la leyenda al toreo y reafirmó la dignidad del torero fuera de los ruedos. Tal fue su influencia en su profesión y con su profesión, tal fue el surco que labró social y artísticamente.» (Cf. Cossío en I. Cossío, 1999: 180-181).

Nos interesa, en la medida en que elaboramos una publicación como la *Revista de Estudios Taurinos* donde la materia taurómaca es analizada desde distintas disciplinas adscritas a lo que se entiende por Cultura, destacar el papel fundador desempeñado por Cossío en esta tarea tan importante de acercar ambos mundos, de iluminar el uno por el otro, sobre todo para una época como la que nos ha tocado vivir en la que el campo, las dehesas, las ganaderías están tan lejos vital e intelectualmente de las grandes aglomeraciones urbanas que la aproximación de las nuevas generaciones a la lidia de reses bravas sólo se podrá efectuar por la vía de la Cultura.

¹ Un ejemplar mecanografiado de la misma, no sé si original o copia, se halla depositado en el Museo de García Lorca de Fuentevaqueros (Granada)..

En el capítulo 10 de *Cossío y los Toros*, Ignacio de Cossío, describe, en un amplio y apasionante friso, las tertulias madrileñas a las que el biografiado se inicia junto con Ramón Carande, el que fuera catedrático de Economía de la Universidad de Sevilla y sevillano de adopción, y Antonio



Fig. n.º 26.– Ignacio Sánchez Mejías, citando a un metro de distancia. Cuadro por Mariano Cossío. Casona de Tudanca (Santander) (García-Ramos y Narbona, 1988: 87).

Díaz-Cañabate, el que llegaría a ser uno de los más excelentes intérpretes de la crónica taurina moderna.

En efecto, en los salones del café Aquarium, del Kutz en la Gran Vía, Lyon d'Or de la calle Peligros, el café Lyon frente a Correos, etc., se encontraban con el filósofo José

Ortega y Gasset, el literato Eugenio d'Ors, el escultor Sebastián Miranda, el arabista Emilio García Gómez, el pintor Ignacio Zuloaga, el bailarín Miguel Albaicín, los toreros Juan Belmonte, Pacomio Peribáñez, Manuel Rodríguez *Manolete*, Fernando Domínguez, Rafael Albaicín y Rafael *el Gallo*; con los escritores Pío Baroja, José Martínez Ruiz *Azorín*, Ramón Pérez de Ayala, José María Pemán, Eugenio Montes y César González Ruano; con los apoderados Miguel Prieto y Arturo Barrera, la dama sevillana María Teresa Pickman y otras diversas personalidades del arte y la cultura.

Las tertulias se sucedían y pasaban de un bar al siguiente y mientras eran abandonadas por algunos otros, sin embargo, se incorporaban para, al final, participar un número cada vez mayor de tertulianos. En la del Lyon d'Or se sentaban el académico Dámaso Alonso, el cineasta y escritor Edgar Neville y se acercaban Zuloaga, Gregorio Marañón, Manuel Machado, Gerardo Diego, Eduardo Lloset, Luis Felipe Vivanco, Dionisio Ridruejo, Adriano del Valle, Leopoldo Panero, entre otros. Así, a lo largo de la tarde se iban reuniendo escritores, poetas, pintores, escultores, músicos, bailarines, actores y actrices... cada uno con una idea nueva, cada una con un inédito e ingenioso comentario.

A estas tertulias, al principio, acudían pocos toreros pero, entre los que iban, se recuerda a Domingo Ortega, a *El Gallo* y al *Niño de la Palma*. Pero, poco después, comenzaron a aproximarse matadores mucho más jóvenes como Antonio y Pepe *Bienvenida*, Pepe y José Ignacio, Domingo y Luis Miguel *Dominguín*, Manolo Vázquez —particularmente señalado, junto a Pepe Luis, con la amistad del biografiado—, Jaime Ostos, Paco Camino e, incluso,

Curro Romero. En las tertulias del Lyon d'Or se dejaban ver los inventores del rejoneo español como el duque de Pinohermoso, Álvaro Domecq y Conchita Cintrón; los más conocidos empresarios como Jardón, Balañá, Canorea y Stuick; los dueños de las ganaderías más codiciadas de la época como los Pérez-Taberneros ya citados por otro motivo, García-Aleas y Atanasio Fernández de Salamanca; Pepe Cova, Salvador Guardiola y Antonio Urquijo de Sevilla, etc... Y allí, en medio, siempre... ¡Cossío! En fin, aunque la nómina sea inabarcable, Ignacio de Cossío da suficientes datos como para dar una idea del bullir artístico e intelectual de Madrid y la participación de los intérpretes y actores de la Tauromaquia en dicha agitación (I. Cossío, 1999: 156-167).

La obra de Cossío sigue teniendo una actualidad extraordinaria. En estos días los kioscos distribuyen una nueva edición resumida y actualizada de imágenes, en catorce tomos aunque mucho menos voluminosos, de la gran obra *Los Toros*, que sigue siendo, después de más de cincuenta años, uno de los dos buques insignias de la editorial Espasa-Calpe y, como recuerda certeramente Ramón Campos, de España:

«Aún hoy no se puede prescindir de don José María para hablar ni para escribir de toros. Todavía en estos días cualquier aficionado que se precie, lo tiene en su casa o lo maneja con frecuencia. Un ejemplo de esto es el caso de las bibliotecas más importantes de Europa y América o de las escuelas, institutos y universidades de máximo prestigio en donde tienen la enciclopedia, como las inglesas de Cambridge y Oxford, las americanas Yale y Harvard, las francesas de la Sorbona en París y la Politécnica, las alemanas de Munich y Dortmund, las italianas de Bolonia y Roma y las rusas de Moscú y San Petersburgo, entre otras

muchas cuyo listado sería interminable» (Cf. Campos de España en I. Cossío, 1999: 168).

He leído el libro con que nos ha obsequiado Ignacio de Cossío y Pérez de Mendoza de corrido. Espléndidamente documentada, bien construida, perfectamente escrita, ligera, vertiginosa, *Cossío y los Toros* resulta ser un texto insustituible para los aficionados a los toros, a los interesados en la Edad de Oro de la Tauromaquia, a los historiadores de la Cultura Moderna de nuestro país, en fin, a cualquier persona sensible e inquieta.

A Ignacio de Cossío mi felicitación y mi gratitud por haber dado a la estampa una obra tan interesante, tan emotiva, de la que su protagonista se sentiría doblemente orgulloso porque a los méritos de una obra certeramente acabada tendría que añadirle la espléndida contribución que supone al brillo del excelente linaje de los Cossío.

Pedro Romero de Solís
Fundación de Estudios Taurinos